



DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Caballeros y señoras, Vds. probablemente no sabrán lo que pasa, como que no están metidos de patitas en la política.

Pues lo mismo me sucede á mí. No sé lo que pasa.

Y que pasa algo no tiene duda. Pero ¿qué es lo que pasa?

Unos dicen que Dorregaray se pasa á los republicanos; otros que Nouvilas se pasa á los carlistas; asegúrase que el Gobierno pasa la pena negra al ver lo que pasa, y presintiendo lo que va á pasar; hay quien afirma que no pasarán cuarenta y ocho horas sin que pase lo que menos se cree que va á pasar. Ahora mismo me acaban de decir que Madrid, dentro de poco, ha de quedar aislado enteramente, y que no va á pasar un mosquito para entrar ni para salir.

Los carlistas aseguran que D. Carlos pasará por la Puerta del Sol el domingo temprano.

Los intransigentes dicen que pasarán por encima de la Asamblea. Este espectáculo no dejará de llevar curiosos á la Carrera de San Gerónimo.

En fin, todo se vuelven noticias de sensacion, comentarios horribles, anuncios terroríficos, quejas y lamentos, amenazas y propósitos destructores. No parece sino que nos vamos á comer unos á otros á la mayor brevedad.

Todo el mundo recela y se escama; todo el mundo, como Roque Bárcia, se toca y no se siente; se siente y no se toca; se mira y no se ve; se ve y no se mira, digo, no... no sé lo que me digo.

Lo cierto es que llegan los dias de las grandes emociones.

Señores, que no tengan Vds. novedad.

Dios ilumine á los tios y troyanos, á disposicion de los cuales estamos para lo que gusten mandarnos; y que no haya tiros es lo principal.

Como ya saben los lectores, donde la revolucion ha adoptado un carácter de impiedad más marcado es en Cádiz y en Sevilla. En dichas poblaciones existe una verdadera monomanía contra las cruces: si estuviéramos entre judíos, podría traducirse dicha aversion, observando el horror que á la Guardia civil profesan los ladrones.

En Cádiz y en Sevilla brota un hacha allí donde se ve una cruz, surge un demagogo delante de cada santo, y á la puerta de cada convento se ve una turba de mujeres sin honor, clamando contra las vírgenes consagradas á Dios.

Quando los ladrones no habian abandonado los caminos para ocupar las ciudades, solian robar á los caminantes. diciéndoles: «Suelta la bolsa, ladron.»

Ultimamente, los gaditanos internacionalistas han pedido que se les entregue una iglesia, la de San Francisco.

El Ayuntamiento no ha creido oportuno acceder á ella. Tenia escrúpulo de conciencia.

Verdad es que dos dias antes habia resuelto empeñar la custodia para comprar fusiles.

Esto es típico y eminentemente revolucionario.

Como el apreciable alcalde de Cádiz es un sastre, no nos extrañará que el mejor dia descubra el medio de suprimir la cruz de los pantalones.

Y es que la cruz significa el derecho del pasado, como el fusil denota el derecho del porvenir.



Pero hagamos justicia completa.

La monomanía fusilera no pertenece á Cádiz tanto como á Málaga.

En esta última poblacion fué desarmada la tropa de la guarnicion, la marinería de los buques, los carabineros de puerto.

Allí donde saben los malagueños que hay una escopeta, no faltan unos cuantos centenares de manos para arrebatarla.

Es una locura el afan de adquirir armas.



Pero ¿qué hacen con ellas? preguntan los lectores.

Segun y conforme. Hay quien las utiliza para sus pretensiones en vez de papel sellado; hay quien las echa en una balanza electoral; hay quien se complace en jugar con ellas, aunque de dicho juego resulte la muerte de un hijo por su padre, de una hermana por su hermano, de varios respetables sacerdotes por sus feligreses.

Ultimamente, segun han contado los periódicos, disputaban algunos malagueños á la puerta de una taberna:

—Yo dejo seco al que apunto.

—Vayan unas copas á que no.

—Está dicho.

Y el que habló primero se colocó en medio del arroyo.

Poco despues sonó un tiro, y cayó anegado en sangre un sacerdote jóven.

Estaba mortalmente herido, pero no muerto del todo.

—Chavó, has perdido, decian los compañeros del asesino; á pagar las copas.

—¡Por la salud del herido!



En Madrid, el gran empeño consiste en los uniformes. Es una monomanía artística en cierto modo.

En nombre de la libertad se lucha con todo el furor de la desesperacion contra los aborrecidos uniformes del ejército.

Si triunfa el elemento popular, su primera determinacion consiste en fijar los colores y galones de los uniformes que han de gastar los nuevos soldados.

Esta primera monomanía se hace extensiva en seguida al afan de hacer centinelas y dar el ¡quién vive!

Despues del triunfo, y cuando los ánimos empiezan á tranquilizarse, se piensa en crear charangas y en añadir nuevos galones al uniforme.

El madrileño, justo es decirlo, se distingue en todas sus revoluciones por su cordura y su honradez: ni un desman caracteriza sus victorias. En cambio le falta tiempo para plantarse un uniforme cualquiera. Madrid parece un pueblo educado por los sastres y para los sastres. Uno de estos, que era hace algunos años comandante de un batallon de milicianos, consiguió hacerles cambiar de uniforme cinco veces en medio año. El segundo comandante, que era cordonero, dió la idea de que se volvieran á gastar charreteras. Un capitan se oponia, y aspiraba en cambio, á que todos los individuos del batallon gastasen franja dorada en los pantalones y estrellas en las mangas.

¿Necesitaré añadir que era un tirador de oro?

LA GALLINA DE LOS HÚEVOS DE ORO.

(ARTÍCULO EN SÉRIO).

A la revolucion de las ideas ha seguido en nuestra patria la revolucion de los hechos; pero como en las primeras solo la destruccion hemos predicado, la inflexible lógica nos ha hecho plantear resueltamente la destruccion al iniciarse la segunda.

Cumplido este trabajo, hemos recordado que somos españoles, y sentándonos sobre las ruinas con que hemos sembrado el suelo, nos hemos cruzado de brazos aguardando sin duda la reproduccion del milagro que permitió vivir á los israelitas en el Desierto.

Pero el maná tarda; las necesidades crecen; el crédito mengua, y la hacienda española se encuentra en tal estado que hace recordar involuntariamente el testamento del tramposo, que exclamaba al tiempo de morir: «No tengo nada: debo mucho.... el resto para los pobres.»

El ministro de Hacienda, al levantarse cada mañana, no podrá menos de repetir con un conocido bohemio literario: «Tres problemas debo resolver hoy: el primero, dónde he de almorzar; el segundo, dónde he de comer y el tercero, dónde he de dormir.» Y dando acto continuo muestras de actividad, tendrá que ir á llamar á la puerta de los banqueros para salvar los apuros del dia, comprometiendo la riqueza del porvenir. Pero si los capitalistas cierran sus puertas, y los bancos sus cajas, el Gobierno seguirá la conducta del bohemio citado, que empezaba pidiendo una onza en el casino y acababa por pedir una peseta á todos cuantos conocidos encontraba al paso.

Esto es lo indicado, lo que debe ser lógicamente, y lo que ha sido en efecto.

En vez de pasar desde el capital efectivo al crédito, se han invertido los términos, y el Gobierno, convencido de que los ricos no han de auxiliarse, ha pensado en los pobres, y acaricia la idea de esprimir al contribuyente y acudir á los ingresos del tributo. Por desgracia, el procedimiento es en esta cuestion lo esencial, y el actual Gobierno lo juzga insignificante detalle para el fin que persigue. Y es que, á pesar de la representacion que tiene en el gabinete la filosofía alemana, el Gobierno revolucionario hace en las cuestiones de hacienda una política esencialmente subjetiva.

Vengan recursos,—dice;—pero si se le pregunta por el curioso contribuyente el fin á que se dirige, se encojerá desdeñosamente de hombros. Acaso él mismo lo ignora.

Lo único que sabe es que necesita recursos.

Si se le advierte que su sistema es funesto, cierra los oídos; si se le presenta la triste pintura del país, cierra los ojos.

Lo que no cierra es la boca para pedir.

Pero, seamos justos; nuestra patria puede y debe salvar su crédito. Posee recursos sobrados para ello. Lo que tiene derecho incontestable para rechazar, es la desproporcionada medida con que los contribuyentes levantan hoy las cargas del Estado.

Si la ciencia reemplazara al empirismo; si los pueblos vieran que repartidos equitativamente los tributos, el individuo pagaba mucho menos de lo que paga hoy; si se descubrieran las ocultaciones; si se redujera á la impotencia el caciquismo de los pueblos, entonces renacería nuestro crédito; porque detrás de él se veria una riqueza efectiva, y el Gobierno republicano habria hecho algo más que suprimir condecoraciones, derribar templos, desorganizar el ejército y escribir circulares para que los esprimidos contribuyentes sepan todas las ventajas del ayuno y se persuadan de que vale más un derecho político que un bien provisto granero.

Mucho tememos, sin embargo, que no se realice este bello ideal: el Sr. ministro de Hacienda acaba de asegurar en un documento oficial, bajo su palabra, que los defensores del catastro abogan por esta idea inconscientemente; que el procedimiento es caro y aventurado, y que no debe hacerse en España porque no se ha hecho en Francia.

Respecto á la primera afirmacion, solo corresponde á los que han consagrado su vida á los estudios de la estadística, á los que en los congresos internacionales han consignado sus ventajitas, á los que fundados en la ciencia han

proclamado, no ya los beneficios, sino la imperiosa necesidad del catastro, quitarse el sombrero ante el Sr. ministro de Hacienda que de una plumada, y con la misma facilidad con que firmaría una credencial de portero, ha echado por tierra todas las verdades comprobadas por la ciencia, el estudio y la meditación.

En cuanto á que el procedimiento es caro y de dudosos resultados, el Sr. Tutau nos recuerda á un célebre personaje que se murió de pena, porque á un amigo suyo le habían sacado largo un chaleco. La iniciativa particular ha propuesto ya los medios de realizar el catastro, sin que el Tesoro tenga que abonar un céntimo, y haciendo probables cuantiosos productos al Erario.

Pero los dos primeros argumentos quedan muy empuñados, al compararlos con el último. Francamente, al leer en un trabajo del Sr. Tutau, que no debemos hacer una cosa porque Francia no la hace, no hemos podido dejar de enternecernos. Por este principio se prueba hasta la evidencia que España cometió una insensatez al proteger á Colon, ó que debió esperar por lo menos á que Francia le facilitase los recursos que necesitaba para su arriesgada empresa; que Blasco de Garay obró como un aturdido al verificar la primera prueba del vapor, sin el permiso de Francia, y que nuestros abuelos que tanto trabajaron para desarrollar las industrias del hierro, de los tejidos y tantas otras, hicieron muy mal en ello, por no esperar á que Francia marcara el camino.

Esto no es ya un error científico, ni un absurdo económico: es una falta de patriotismo que no acertamos á explicarnos en el Sr. Tutau, de cuyas rectas intenciones no tenemos motivo ni derecho á dudar. Preferimos creer que el ministro de Hacienda ignora lo que ha firmado, y que no aspira, como por su decreto sobre renovacion de los amillaramientos pudiera suponerse, á dar muerte á la gallina de los huevos de oro.

UN RADICAL Y UN SAGASTINO.

ESCENA MELODRAMÁTICA.

—Vaya V. con Dios, Sr. D. Lucas. Puesto que V. está ya tan cesante como yo, no creo que exista motivo para que me niegue el saludo.

—Dispéñeme V., D. Tadeo; absorto en mis pensamientos no le había visto á V. pasar, que, por lo demás, es para mí una satisfacción el darle una prueba de mi aprecio, siendo nuestra amistad tan antigua.

—De puro antigua creo que había caducado. Diferentes veces le he visto á V. pasar en coche; le he saludado, y se ha hecho V. el distraído... Otra vez fui á buscarle á V. á la Dirección, le pasé recado, y el portero me trajo la respuesta de que no tenía V. tiempo para recibir á todos los importunos.

—¿Eso dijo?... ¡Habrás visto desvergonzado!... Por supuesto, ¿usted no creería?...

—Francamente, D. Lucas, yo creo cualquier cosa de los hombres que se ven en candelero... Yo no fui más que oficial primero en los felices tiempos del ministerio Sagasta, y recuerdo que me daba mucho tono, y trataba á los amigos como á pretendientes, y no los saludaba en la calle, temiendo que se aprovecharan de la ocasión para pedirme una credencial ó cinco duros prestados, que es peor todavía.

—¿Qué buen humor gasta V., D. Tadeo! ¡Siempre con gana de broma!...

—Pues, mire V., no estoy yo para bromas. Once meses de cesantía, ¿no son para volver hipocondríaco al hombre más festivo?

—¿Once meses lleva V. ya cesante?...

—La pregunta me asombra, amigo D. Lucas, ¿pues no fué V. mismo el que pidió al ministro mi separación, diciéndole que era un reaccionario terrible?... Reaccionario yo, que en el año 56 pertenecía á la milicia que fué desarmada por el general O'Donnell?

—¿Pero hombre!... ¿y ha podido V. creer que yo influyera para que á V. le dejaran cesante?

—Como que pensaba V. que mi plaza la ocupara un cuñado suyo...

—No, Sr. D. Tadeo, no crea V. que fué cosa mía... El ministro en persona fué quien se empeñó en que mi cuñado Anacleto aceptara aquella plaza que, por cierto, él no la quería... pero por servir á la patria...

—Sí, se deja cesante á un amigo de la infancia... En fin, aquello ya pasó; ya todos estamos iguales, zorrillistas y sagastinos, la misma abstinencia nos han impuesto; con que pelillos á la mar y olvidemos resentimientos.

—Es verdad, la comun desgracia debe apretar los nudos de nuestra antigua amistad; al fin unos y otros somos liberales y juntos contribuimos á la revolución que los federales han venido á utilizar en último término.

—¡Gracias á Dios! ¡ahora conviene V. en que todos somos liberales y todos hicimos la revolución? De seguro no decía V. eso hace tres meses cuando nos llamaban Vds. transferidores y amovietos...

—Sí, como Vds. nos llamaban pancistas y republicanos vergonzantes, y creo que hasta chusma...

—A buena situación nos han traído Vds., señores radicales y martistas! Ahora tocamos unos y otros las consecuencias de los desaciertos que Vds. han cometido.

—Diga V. que hemos sido víctimas de la más inicua traición...

—¿Víctimas? Autores querrá V. decir... Pues, ¿quién ha derribado el trono obligando á huir al monarca que Vds. mismos habían ensalzado? ¿De quién es obra la república sino de Vds.?

—No diga V. esas cosas, D. Tadeo... Vds. los sagastinos, ofuscados por su despecho, atacando un día y otro día con creciente furia al monarca, á quien antes habían adulado, han sido los que han socavado su trono, aterrorizando su espíritu pusilánime y poniéndole en el caso de que abandonara el palacio de la plaza de Oriente...

—Si, el palacio que Vds. querían orear, y que en efecto han dejado ventilado por demás, para que ahora vengan los republicanos y digan que quieren hacer de él un hospital.

—Pero D. Amadeo no se habría marchado, si Vds. en vez de conspirar contra él le hubieran apoyado, como el patriotismo lo exigía.

—¿Cómo! ¿Nosotros habíamos de apoyar á un monarca que nos negaba el poder y nos cerraba el camino del presupuesto? ¿Está usted en su juicio, Sr. D. Lucas? Vds. que le debían los empleos, y á quienes concedía las cruces de María Victoria y prodigaba títulos de condes y marqueses, Vds. debían haberlo detenido para que no se marchara, en lugar de darle empujones para que cuanto antes hiciera *mutis*.

—Claro, como que estaba conspirando por debajo de cuerda para llevarlos á Vds. al poder á despecho del país.

—¡Ah! otro gallo le cantara, si á tiempo hubiera encargado al general Topete la formación de un ministerio conservador. A estas horas él seguiría cobrando sus treinta millones, que no son de despreciar, y yo ocuparía mi despacho de oficial primero en la secretaría del ministerio...

—Bueno; pero yo estaría tan cesante como ahora estoy y Ruiz Zorrilla habría tenido que volverse á Tablada ¿le parece á V. eso justo?...

—Ya lo creo, hombre, es menester que entre todos llevemos la carga á ratos... y no que ahora por haber querido los radicales eternizarse en el poder, todos hemos quedado á pié y gracias á los voluntarios de la república que no nos muelen á palos las costillas...

—Sí, dígame V. á mí que en grave apuro me encontré en la aciaga noche del 23 de Abril. Solamente mi serenidad me salvó y el gritar á tiempo ¡viva la república federal!

—¿Y V. dijo eso?

—Como hubiera dicho ¡viva el moro Muza ó el gran Tamerlan de Persia, si se hubiera tratado de librar el pellejo! ¡Qué ha de decir un hombre que de manos á boca tropieza con esos gorros colorados que al pedirle el ¿quién vive le apuntan con tres carabinas que no estarian cargadas de salvado?...

—Ahí tiene V. la situacion en que nos han colocado sus amigos.

—No pensemos en eso... En lo que debemos pensar, pues aquello ya no tiene remedio, es en unir nuestros comunes esfuerzos para dar en tierra con los federales y devolver al país la prosperidad y la calma.

—¿Es decir que V. se arrepiente de haber contribuido á establecer la república?

—¿No he de arrepentirme, si la república me ha quitado los 60.000 rs. que la patria me pagaba en recompensa de mis antiguos servicios?

—¿Luego V. estará propicio á que conspiremos juntos para derribar *esto*?

—¿Quién lo duda? Pues si no lo hiciera, probaria que en mi pecho se habia extinguido la llama del patriotismo...

—¡Vengan esos cinco!..., Cuento V. conmigo para tan laudable empresa.

—Si, olvidemos infundadas enemistades y sacrificuémoslas en el altar de la patria,

—¿Es decir, que volvemos á ser lo que en Setiembre de 1868?

—Sí, para ya unidos con lazo indisoluble. Todos liberales monárquicos para salvar el orden y la sociedad que perece á manos de la demagogia.

—Venga, pues, un abrazo para sellar nuestra alianza. (*Aparte*). (Como en mi mano esté no has de volver á ser director general, radical Iseariote.)

—¡Así quiero yo á los hombres!.,. (*Aparte*). (El dia en que triunfemos, ya tendré yo buen cuidado en que no se le incluya en la plantilla de secretaria, trasferidor solapado.)

PLEITO DEL MATRIMONIO.

Á RAJA TABLA.

Sentencia en primera instancia,

Conozco yo un avestruz que á pesar de su ignorancia, está regentando un juzgado de primera instancia;

Y á magistrado de Audiencia ascenderá el mejor dia, que para medrar no hay ciencia como la patriotería.

Este que en Coromandel fuera de los más incautos pues allí no se habla *del caballo que corre en autos*; (1)

Y allí, aunque haya mucho atun y anden las gentes en cueros, no se hace juez á ningun cabo de carabineros;

Este con quien me deleito, sería juez muy gallardo para sentenciar el pleito que traen Teodoro y Ricardo,

Pues dicen gentes formales, en quien tengo mucha fé, que en materias conyugales quien más mira menos ve;

Más supuesto que me nombra la gente *cascabclera*, con una bondad que asombra, juez en esta pelotera,

Juez seré de lo más malo ya que no hay otro remedio, y atizaré cada palo que doble de medio á medio.

Yo, como el párroco sabe, me casé con una chica que, no porque yo la alabe, era la cosa más rica

En lo moral y en lo físico, y así que hice este trasbordo, yo que antes tiraba á tísico me fui poniendo más gordo!...

Pero en cuanto me dió un nene, se llevó el diablo mi eden, pues desde entonces no tiene hueso que la quiera bien;

Y esto al marido más ducho le da, hablando con franqueza, mucho mal humor y mucho quebradero de cabeza.

«Esa ya el cielo ganó» me dicen gentes de seso; pero ¡caracoles! yo no me conformo con eso,

Que á pesar de su aureola, si mi mujer se me escapa, voy y cojo una pistola y me levanto la tapa...

Pero de hacerlo me espanto desde que dais en la tierra de paciencia ejemplo santo, pobre Hurtado y pobre Serra!

En limpio de esto se saca que por propios testimonios, tengo que echar la casaca con doscientos mil demonios;

Pero encargan los autores de sabios prolegomenos que juzguen los juzgadores por testimonios ajenos,

Y pasando á estos revista quizá deba echar mi fallo á todo anticasaquista con treinta mil de acaballo.

Dos hombres de pico de oro grave controversia evacuan, «Cásate» dice Teodoro; Ricardo dice «Nequaquam,»

Cárlos, Narciso y Antonio toman parte en esta liza; uno atiza al matrimonio, y otro al celibato atiza.

Esto hay en autos, segun los exámenes más cautos sin que resulte ningun caballo que corra en autos;

Y en vista de esto y de eso y de la sal y sandunga que hay en todo este proceso, grave aunque instruido en *chunga*,

Sentencia fulminaré sin ocurrencias felices, pero en los términos que me salga de las narices.

Considerando que si la casaca me revienta no tiene la culpa mi desventurada parienta,

Sino la ciencia vetusta quirúrgico-medical que no ha dado con la *augusta panacea universal*;

Que existen mil testimonios
y cuatrocientos mil datos
de que si hay dos matrimonios
que se arañan como gatos,
Hay dos mil que ni una vez
se dan una zurrubanda
y llegan á la vejez
viviendo como Dios manda;

Que la santa union de dos
hasta el *requiescat in pace*,
es obra de Dios, y Dios
ya sabe lo que se hace;

Que es para hablar de tal gremio
el soltero incompetente
por la razon que el abstemio
lo es para hablar de aguardiente;

Que esta incompetencia alcanza
á Narcisos y Ricardos,
aun supuesta la probanza
de que han ido á picos pardos;

Que aunque Ricardo es de chispa,
arguye mejor Teodoro
porque el matrimonio avispa
á los hombres más que un toro;

Y que la verdad restaura
y al cuerno el error arroja
con su alegato Frontaura,
pues no tiene vuelta de hoja

Y hace ver al mundo entero
que Frontaura tiene ainas
toda la sal y salero
que se cria en las salinas;

Por todas estas razones
y otras muchas que me callo
y no diré á tres tirones,
á ciencia y conciencia FALLO:

Que debo absolver y absuelvo
á Guerrero (D. Teodoro)
de haber dicho al mundo «¡vuelvo!»
y derecho como un toro

Haber ido á una doncella
de las modestas y puras
para casarse con ella
y llenarse de criaturas,

De las que nos embelesan
y con aquel medio pico
nos dicen cuando nos besan:
«¡ay, qué papita tan rico!»

Que á Sepúlveda (Ricardo)
por andar de flor en flor,
sin excluir las de cardo,
como si fuera un señor,

Se le condena á *cadena*
perpétua; ó en otra frase,
á lo que se le condena
es á que al punto se case,

Pues segun dice San Pablo
y en propio criterio fundo,
ó nos llevaria el diablo
ó se acabaria el mundo

Sí fuese cosa tan óbvia
como dice el embustero
esa matrimoniofobia
que canta con tal salero.

Y en fin, condeno á Frontaura,
ya que este escándalo edita
á que, oreados por el aura
de una hermosa tardecita

En que ni el calor ofenda
ni tampoco ofenda el frio,
reuna en una merienda
de padre y muy señor mio

A los jóvenes incautos,
peritos en el Digesto,
que *corren en estos autos*,
incluso el juez, por supuesto.

En la villa de Bilbao
cuando más el ave trina.

Posdata: con bacalao
guisado á la vizcaina.

ANTONIO DE TRUEBA.

Bilbao 14 de Mayo de 1873.

CASCABELES

Las damas están de enhorabuena. El terrible fallo de la ley ha caído al fin sobre la cerviz del detractor del matrimonio, obligándole á pasar por las horcas caudinas; regocijense nuestras lectoras con la oportunísima sentencia que ha dictado Antonio de Trueba en el pleito que siguen Guerrero y Sepúlveda. Segun se desprende de tan justísimo fallo, podemos decir que hay un soltero en capilla. Como era de esperar, Teodoro Guerrero ha triunfado.

Pero como Sepúlveda está resuelto á batirse hasta en sus últimas trincheras, sabemos que al notificarle el fallo, ha apelado; y el insigne vate Ventura Ruiz Aguilera se está vistiendo la toga para asistir á la audiencia y redactar la nueva sentencia como ponente. Ello dirá.

Con el número de este mes de *La Primera edad* se han repartido *cuatro gimnastos*, que son un bonito juguete para los niños.

Las madres no pueden hallar nada mejor para la instruccion y entretenimiento de sus hijos que *Los Niños* y *La Primera edad*. Véase el anuncio.

Nada más conmovedor é interesante que el drama *Sor Teresa*, representado por la eminentísima actriz Jacinta Pezzana. Todo Madrid debe ir á admirar á esta gran artista, que no tiene rival en el mundo.

Los intransigentes van á pedir la incompatibilidad absoluta entre todo cargo público retribuido y el de diputado.

Me parece muy bien.

Pero tambien van á pedir que á los diputados se les dé sueldo.

Pues entonces lo mismo da.

El diputado no debe cobrar nada del Estado, por ningun concepto, ni tener más recompensa que el amor del pueblo, si obra bien, procurando el bienestar de sus conciudadanos.

¡Cuánto bien podrian hacer al pais y á su mismo partido los periódicos carlistas recomendando un dia y otro á los suyos que no fuesen sanguinarios, que respetasen la vida de los prisioneros, y que se inspirasen en las máximas de Jesucristo!

Horroriza leer las noticias que todos los dias publican los periódicos.

Por Dios, señores carlistas, caridad con el vencido.

Tenemos un apreciable suscriptor en Barcelona que no puede consolarse de la pena de que EL CASCABEL no sea carlista. Más de veinte cartas nos ha escrito ya manifestándonos su sentimiento. Vamos á decirle por qué EL CASCABEL no puede ser carlista, copiando antes estos sueltos que hemos hallado en *El Imparcial*.

«Ayer ha llegado á Madrid un hermano de los dos voluntarios de Arechulegui, fusilados recientemente por los carlistas.

—El cabecilla Cucala ha quintado á unos cuantos voluntarios republicanos, que como prisioneros retenia en su poder, fusilando en su consecuencia á cuatro de aquellos desgraciados.

—Los carlistas de Reus, segun noticias que ha recibido el Gobierno, fusilan á los liberales de la comarca que caen en sus manos.

—De Barcelona comunican al Gobierno, con referencia á noticias de unos campesinos, que el cabecilla Tristany, en cuya compañía continúa D. Alfonso, ha hecho fusilar á 20 voluntarios republicanos que tenia en calidad de prisioneros.»

Sueltos análogos publican, desgraciadamente, todos los dias los periódicos todos, y es ya muy considerable la cifra de los fusilamientos ejecutados por los carlistas, sobre todo desde la proclamacion de la república.

Estos hechos sangrientos los aprueban, por lo visto, los que simpatizan con los carlistas en armas, puesto que no protestan públicamente contra ellos. Pues EL CASCABEL no podria jamás aprobar semejantes hechos; por consiguiente, no puede ser carlista.

EL CASCABEL estará siempre al lado de quien no causa desastres en el país, de quien está enteramente limpio de sangre, de quien no mira á los españoles, sean del partido que quieran, como enemigos, sino como hermanos, de quien tenga caridad y amor al prójimo.

Ya ha terminado su magnífica *Historia de Avila* el eminente jurisconsulto Sr. D. Juan Martin Carramolino. Esta es una de las obras más notables que se han publicado en España de algunos años á esta parte, y ella sola bastaria para dar una gran reputacion al autor, si ya no la tuviera el notabilísimo escritor y concienzudo historiador. La provincia de Avila puede estar orgullosa de la obra que el Sr. Carramolino le ha dedicado.

En las principales librerías se vende esta obra, que forma tres grandes tomos, á 60 rs.

Con el número de hoy repartimos á nuestros suscritores el cuaderno de *Cosas del año*, que contiene las del mes de Abril.

Algunos lectores se quejan de que EL CASCABEL no los hace reir ahora como antes.

¿Pero hay quien en estos tiempos tiene ganas de reir? Humor se necesita.

Para la lotería de la Habana del 10 de Junio se han recibido en nuestra administracion, en pago de libros, algunos billetes que ponemos á disposicion de nuestros suscritores.

El billete cuesta 20 duros, y está dividido en vigésimos á 20 reales.

Se anuncia la publicacion de una obra que contendrá las biografías y retratos de los nuevos constituyentes.

Que no me suscribo, ni siquiera la quiero regalada.

El Sr. Puig y Llagostera se halla en Francia hace dias. Este activo é inteligente industrial se ha visto precisado á ceder su fábrica á un ingeniero alemán, vista la imposibilidad en que las circunstancias le han colocado de seguir al frente de ella.

¡Qué país y qué paisanaje! ¡Qué bien vive aquí el que se dedica á trabajar! Todos son contra él.

El número de *Los Niños*, correspondiente al dia 20, contiene: *Descripcion geográfica de España*, por Caballero de Rodas; *Don Hugo de Moncada* (con el retrato), por Janer; *Terrible historia de Barba azul* (con tres viñetas de Rico); *El perro alado*, por Mad Girardin; *Costumbres populares* (con lámina).

EL CASCABEL, que ha sido el primer periódico que ha venido llamando la atencion sobre el estado en que se hallaba el popular escritor D. Narciso Serra, se congratula de que la prensa, en

su mayoría se ocupe en proponer medios para evitar al país la vergüenza de tener en el abandono al insigne autor inutilizado.

Y ahora pregunto yo: ¿de qué sirve la sociedad de escritores? Para la viuda de Robert se ha abierto una suscripcion.

Y vuelvo á preguntar: ¿de qué sirve la sociedad de escritores?

Entre las personas nombradas para el Jurado en la exposicion de Viena, se halla nuestro querido amigo el ilustrado coronel don Francisco Lopez Fabra, propuesto por la comision provincial de Barcelona. Es un nombramiento acertadísimo. Persona tan inteligente, tan digna y conoedora de la industria española y extranjera, no puede menos de servir de mucho en el Jurado.

El descendiente de Barba azul ha logrado en el Circo de Rivas excelente éxito. Bailables vistosísimos, decoraciones sorprendentes, entre ellas un acuario precioso, trajes ricos y caprichosos, prodigios maravillosos de agilidad, hechos con la mayor naturalidad por la Pinchiara, y *la mar de piernas*; todo esto y más se vé en el nuevo baile, que llevará á todo Madrid al Circo de Rivas.

Felicitemos al inteligente empresario, y á la incomparable Emilia Pinchiara que cada dia es más querida por el público.

LAS ESTRELLAS DEL SERRANO

LEYENDA ORIGINAL

DE

MANUEL M. CABALLERO DE RODAS

(Continuacion)

Con algunos de los transeuntes se entretenia muy poco, con otros algunas horas, y tambien dos y tres dias; pero al fin, como iba horro y caminaba listo por su impaciencia, á todos les pasaba, no sin tomar lecciones de mundo, y no sin ser víctima de vez en cuando de algun parásito que cenaba ó dormia á su costa en venta ó posada, y no sin resistir, porque, eso sí, resistió, á tentadoras proposiciones de ganancia á los dados ó á las cartas, de parte de escolares de bolsa tísica ó de rufianes de torcido mirar que, sin embargo, no le buscaban camorra, á causa del aspecto de sus puños, de su porte resuelto, de su daga y su garrote; que tal genética venta de lejos, y calcula asaz justo las probalidades de un lance.

Un dia se le vino á las manos un azor, escapado sin duda de alguna casa de campo de las inmediaciones ó extraviado al perseguir con encarnizamiento una presa. El animal, fatigado, se dejó coger fácilmente, y Alvaro, aunque sabia bien que el ejercicio de la cetrería era casi exclusivo de gente noble, algo se le alcanzaba de ella, y no era el primer halcon que posaba en su puño, porque sabido es que acá en España jamás fuimos tan nimios ni intransigentes en materias de caza ni en otras, como los franceses; así es que el cazar furtivamente en vedado, nunca ha sido oficio entre nosotros, como lo es entre nuestros vecinos, que lo conocen con una sola palabra, *braconnier*, cuando en nuestra lengua, mas rica y enérgica, se necesitan dos. Pero sea de esto lo que quiera, el caso es que nuestro viajero conoció presto que habia hecho encuentro con un gerifalte de primera, y se lo apropió, salvo el devolverlo si su dueño pareciese.

A la mañana siguiente de su hallazgo pasaba Alvaro por los linderos de una grande y hermosa heredad, en cuyo ultimo término se alzaba, recostada sobre una verde ladera, una casa de muy buena apariencia. rodeada de otros edificios más humildes, aunque no más pequeños, como caserío de labor, tinaones y otras dependencias, todas separadas de la primera por un buen jardin que en vez de berjas se cerraba por un lozano seto. De repente cruzó el espacio una magnífica garza real, y el joven lanzó en su persecucion al cruel azor, que en un abrir y cerrar de ojos se puso en caza, apoderándose diestramente de la tímida ave.

En aquel punto, tres ó cuatro grandes perros lebreles y regalgos acometieron al viajero, que abandonando los pájaros y

soltando el tabardo, se puso en defensa, esgrimiendo gallardamente su palo, con el que en breve puso fuera de combate á dos de sus acometedores, no obstante unas fuertes voces de hombres que saliendo de detrás de un matorral gritaban: «¡Eh! ¡Muza! ¡Eh! ¡Quitador! ¡Acá, acá!» y que al ver maltrechos á los dos perros, con ademán airado se aproximaron apostrofando duramente al mancebo, y aun amenazándole. Dos eran los hombres, y su porte como de criados de gran casa. Aquel, viéndolos llegar de aquella manera, y sin hacer caso de los perros sanos, que seguían gruñendo, aunque ya á respetable distancia, díjoles:

—Ténganse, señores escuderos, y miren lo que dicen, que si los canes no anduviesen sueltos acometiendo á las gentes, no yacerían esos dos malparados.

—Valiera más que el mancebo, dijo uno de los hombres, no turbase la caza de estos contornos, que no le pertenece, y que cuidara de no soltar su esmerejon, por lo cual sufrirá las consecuencias, que no tan de balde se estropea la jauría de nuestros dueños. Así, pues, dareis cuenta de vuestra conducta al mayordomo, hácia quien os vamos á conducir.

—Sois pocos, exclamó iracundo Alvaro, para conducirme á mí á parte ninguna.

—Seor guapo, replicó el que parecía más caracterizado; dejáos de inútiles baladronadas. Tú, Pascual, ya puedes asir por el brazo á este mozo y hacerle saltar el lindero.

—¡Canallas! prorrumpió el jóven, al primero de vosotros, ó á los dos, si osais acercaros á mí, os volteo como he volteado á vuestros canes.

Y esto diciendo, lanzándoles una mirada de cólera y desprecio, pero sin tomar precaucion alguna, se puso á recobrar su pájaro y su tabardo en ademán de partirse. Los dos hombres, airados á su vez, iban á lanzarse sobre aquel bravo que los humillaba, cuando á cosa como de treinta pasos se oyeron gritar:

—Quedos, quedos, Gutierre, Pascual; teneos quedos y aguardad.

Aproximáronse cinco personas; delante llegaban tres, y dos como criados, más zagueros. El que habia hablado era un respetable caballero de cabello y barba blanca, elevada estatura, pronunciada musculatura, aunque cenceño de cuerpo y aire distinguido; uno de esos tipos de nobles españoles endurecidos en las guerras de aquel gran siglo de España. Los dos acompañantes eran otro caballero en toda la fuerza de la edad viril, y un apuesto jóven como de veintidos á veinticuatro años, que á tiro de ballesta podia conocerse como á hijo del caballero canoso. Los tres llevaban ricos trajes de campo, y como era temprano y cuando agosto va mediado, ya las mañanas refrescan un poco, tenían sobre los hombros sendas anguarinas de velludo flamenco. Doseientos pasos distante se veía por entre la enramada un grupo mujerial, compuesto como de cinco ó seis, que se solazaban en un bosquecillo.

El anciano caballero, aunque habia apercebido de la mayor parte de los pormenores del lance que se ha referido, preguntó con aire grave, pero afable:

—¿Qué es lo que aquí ha acontecido?

—Señor caballero, contestó Alvaro... é iba á ser interrumpido por aquel á quien llamaban Gutierre, cuando el que mostraba ser amo de aquella posesion,

—Deja, Gutierre, dijo, que este mancebo continúe.

Y lo hizo de esta manera:

—Señor caballero, lo que aquí ha acontecido es que bordeando este lindero un servidor de vuestras mercedes, lancé este azor que aquí veis trás una garza, que prendió; que los canes, que sin duda os pertenecen, mal llevados por estos dos hombres, se arrojaron sobre mí; que de ellos tuve que defenderme, como era natural, y que con los canes no hay defensa sin ofensa; por tanto, con mi palo derribé dos, apareciéndose entonces vuestros criados, que hablaron descortésmente y amenazaron de prenderme, y trataron de llevar á cabo su amenaza por la fuerza, cosa que yo no hubiera consentido, porque á nadie ofendí á sabiendas, y corazon no me falta para castigar demasías. Si por acaso sin querer os falté á vos y á estotros caballeros que vienen en vuestra compañía, no tengo inconveniente en demandaros perdon, suplicándoos que me dejeis partir, pues prisa llevo.

—Sois arrogante, señor galan, replicó el caballero; pero también sois bien hablado, é ingenio no os falta. ¿Sois por ventura halconero de algun señor de estas inmediaciones? Aunque á decir verdad, en tal caso debiera ya conocerlos. Por otra parte, vuestra vestimenta indica que ésta no es vuestra tierra.

—No soy halconero ni de esta tierra soy. Me llamo Alvar del Retamar: nací y me crié en las sierras de Alcaráz, y para que nada ignoreis, me encamino á Sevilla, desde donde pienso partirme para las Indias como soldado, en la primera ocasion.

—No es mala la resolucion; pero con vuestra apostura y el seso que mostrais pareceme que no tendríais necesidad de hacer tanto camino para medrar. ¿Quereis quedaros en esta mi casa? De estos caballeros que aquí veis, el más grande es mi sobrino, don Gaston de Biedma, que manda doscientas lanzas en la hueste del duque de Alba. Hoy se encuentra aquí, porque viene á contraer nupcias con una de mis hijas, su prima: este doncel es mi hijo D. Juan, que vino á las bodas: es capitán en los tercios del famoso caudillo D. Alvaro de Sande, y yo soy D. Fadrique del Aguila, comendador en la orden de Calatrava. He militado largo tiempo, como debe hacerlo un noble, y por ahora, mientras el rey no me necesite, paso aquí tranquilamente con mi familia, á la que pertenecen esas damas que veis á través de esa espesura. Con cualquiera de nosotros podeis quedar como paje ó escudero, que de ello holgaríamos y á vos no os pesaria, segun entiendo.

—Obligadísimo os quedo, Sr. D. Fadrique, por la merced que intentais hacerme. Grande es mi ventura si la he merecido, como grande es mi desventura al rehusarla. El hombre que la honra estima, buen caballero, siervo ha de ser de la palabra y fiel en él perseverar, cuando la cosa en que persevera es lícita y honesta. Yo tengo concierto hecho con mi conciencia y soltado prendas con los mis deudos y amigos de buscar allende el mar Océano lo que falta me hace: es como si fuera un voto y estoy en obligacion de cumplirlo, si no como caballero que, ¡triste de mí! no lo soy, como fiel cristiano.

Aplaudido sin reserva por el buen caballero y sus acompañantes el discreto hablar del mancebo del Retamar, instáronle para que fuese con ellos á reposarse en la casa y á esparcirse unos dias. No pudo negarse, aunque prometiéndose no permanecer mucho tiempo. A todo esto, los criados habian recogido la jauría; ya repuestos de sus golpes los dos perros acometedores, bien que renqueando, y todos se encaminaron á la espléndida morada, donde ya las damas y damiselas se habian recogido, porque el dia era bien entrado y el sol picaba mas de lo razonable.

Nosotros nos privaremos del placer de hacer por ahora nuevos conocimientos, y en verdad que lo sentimos un tanto, dados como somos á decentes bucólicas y á los puros goces del hogar en campo ó lugar, tan magistralmente descritos por el gran Cervantes al hacer trabar conocimiento á sus lectores con D. Diego Miranda y su familia.

Bástenos decir que la casa del comendador D. Fadrique del Aguila, aunque de sólida construccion, con el gran blason de sus apellidos en el fronton, y otros más pequeños en diferentes parajes del muro, no habia sido nunca una fortaleza, sino simplemente una morada campestre, levantada despues de comenzado el siglo; es decir, á poco de la conquista de Granada. Eso de las casas-castillos no fué comun en el Mediodia de España, donde pasó casi desconocido el feudalismo importado en el país, aunque poco arraigado, por la exótica dominacion goda. Por otra parte, los islamitas, aunque enemigos de siglos, ejercieron influencia en las costumbres del pueblo cristiano, y nada más distante de las razas musulmanas que el mecanismo feudal.

Dos dias permaneció nuestro aventurero en el seno de aquella ilustre familia, cuyas voluntades se captó; dones le ofrecieron que no le permitió aceptar su altivez, aunque aceptó eficaces recomendaciones de D. Fadrique y D. Gaston. Tomada la vénia de aquellas damas y caballeros, y hecho presente de su encontrado esmerejon al jóven D. Juan, Alvaro emprendió de nuevo su camino, llegando al mediar el siguiente dia á la ciudad de Córdoba.

Esta poblacion no ha sufrido cambios demasiado notables desde la fecha de nuestro relato hasta nuestra época. Ciudad árabe sobre las ruinas de la romana, su caserío ofrece á la vista un aspecto poco agradable, muy propio para que los viajeros de im-

presiones, que lo son de un día, la califiquen deplorablemente mal. Los árabes no se pagaban de lo exterior: las fachadas de sus viviendas carecen de condiciones de belleza artística: en cambio sus interiores son mansiones deliciosas, propias para todas las estaciones, cuajadas de patios, jardines y surtidores de aguas cristalinas. La Córdoba de hoy así es aún, y si sufre con el tiempo modificaciones profundas, siempre será estacionaria en la belleza de sus campiñas, de su río majestuoso y de su sierra pintoresca.

Sin incidentes que de contar sean, dió nuestro viajero con su cuerpo en la gran Sevilla, alojándose en un meson de la calle de San Pablo, próximo á la puerta de Triana.

No es nuestro intento, ni mucho menos, describir las maravillas de la reina del Bétis, porque no hacemos la historia de un viaje por España. El héroe de esta leyenda tiene su cacho de odisca, si infinitamente más humilde que la del astuto rey de Itaca, por la inmensa diferencia entre los cantores, odisca en regiones algo más remotas y bastante más nutrida de riegos y de actos de arrojo, no contra monstruos fantásticos, sirenas en las aguas y circes en las islas, sino contra peligros muy reales en mares y tierras, sin semejanza con el Tirreno y el archipiélago griego.

Lo primero que hizo Alvaro á fuer de jóven y de apuesto galán, fué descabalar el bolso de los maravedises, ya encantado durante el viaje, para proveerse de vestiduras que aun le hicieran más galán y más apuesto, y en seguida se dió á correr por la ciudad y sus populosos suburbios y los pueblos risueños del contorno, como estudio y más como esparcimiento propio de los verdes años; que en ellos por honda que sea una pasión exclusiva, por fijo que sea un pensamiento único, la lozanía de la sangre ejerce su natural influjo.

Durante su estancia en la antigua Híspelis, no le faltaron accidentes ni alguna pedrezuela en que propezar; pero debemos decir, si hemos de ser verídicos, que los tropiezos no le produjeron caídas, de lo cual mucho holgamos, porque no son de nuestro gusto emociones insanas, ni producirlas en los demás, aunque falte algún calor á nuestra narración. Compañías tuvo buenas y malas, pero triunfó su natural discreción yendo en ayuda de ella la buena enseñanza recibida y el pensamiento que sobre todos le dominaba.

Después de algunos días de detención, por el campo de Tablada y los pueblos de la orilla izquierda del hundoso Guadalquivir, llegó á San Lúcar de Barrameda.

Allí la permanencia hubo de ser más larga, por tener que aguardar la salida de un galeón dispuesto para fines de Setiembre, á fin de salvar un tanto los riesgos del equinoccio en el golfo, de suerte que tenía delante de sí el mozo cerca de un mes de vagar.

Durante esta detención forzosa, envió á saber de sí á la sierra, trabó algunos conocimientos más ó menos útiles, sobre todo con algunos de los que habían de ser sus compañeros, cazó, habiéndose procurado una licencia en el soto de Doñana, y dos ó tres veces se embarcó en pequeños barcos, ya recorriendo el río, ya salvando la barra y metiéndose en el mar, como ensayo de más largas y temibles expediciones afrontando con ánimo sereno un elemento que no le era conocido.

El destino del galeón en la Nueva-España se hallaba dispuesto y pertrechado lo mismo para combatir que para conducir mercancías; barco mixto de guerrero y mercante, como era común en aquel tiempo. Su cargamento eran bastimentos, géneros y menudencias para la gente indiana, mosquetes y arcabuces, pólvora, hierro, unos ciento cincuenta soldados, ya curtidos, ya bisonos, parte de los cuales debían quedar por las islas del canal de Bahama y otras de aquellos grupos, y parte llegar hasta el recientepreciado imperio; entre estos últimos se hallaba nuestro héroe. Completaban el pasaje el obispo de Puebla, algunos religiosos de diferentes órdenes, dos ó tres oidores y varios oficiales del Real Haber. La tripulación del bajel se componía de setenta hombres.

(Se continuará.)

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PARA

LOS NIÑOS DE 8 A 16 AÑOS

DIRIGIDA POR DON CÁRLOS FRONTAURA

CON LA COLABORACION DE DISTINGUIDOS ESCRITORES

Y DE LOS MEJORES ARTISTAS.

CUARTO AÑO DE PUBLICACION

Una suscripción por el año 1873 á *Los Niños*, es el mejor regalo que puede hacerse á un niño ó una niña.

Publica artículos morales, novelas, poesías religiosas, anécdotas, cuentos, comedias infantiles, nociones científicas, biografías, retratos, lecciones de historia de España y natural, todo en forma amena y al alcance de los niños.

Salen tres números cada mes, ilustrados con preciosos grabados.

Cuesta la suscripción: en Madrid, 12 rs. por tres meses, 22 por seis y 40 por año. En provincias, 15, 28 y 50 respectivamente.

Van publicados seis magníficos tomos que se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias cada uno. Contienen originales de los más eminentes escritores y unos 600 grabados

Continúa la misma empresa publicando además un periódico en miniatura, titulado

LA PRIMERA EDAD

con preciosos figurines iluminados, acuarelas y lindos juguetes. Se admiten suscripciones á este precioso periódico á 22 rs. por año; pero á los suscritores de *Los Niños*, sólo se les cobrará 14 rs. por año.

CUENTA DE LA PLANCHADORA Y DE LA LAVANDERA.

Este libro indispensable en todas las casas y que tanto trabajo ahorra á las señoras, se vende al módico precio de 2 reales en la administración del periódico EL CASCABEL, Plaza de Matute, número 2; librerías de Olamendi, Hurtado, Gaspar y Roig, Aguado, Poupart, Libro de Oro, Rufino Estéban; almacenes de papel de Fernandez Iglesias, calle de la Concepción Gerónima, y de Gonzalez y Rodriguez, Carretas, 3.

CUENTOS DE SALON

Se han publicado, y están de venta en la Administración de EL CASCABEL, las siguientes novelas de esta popularísima Biblioteca:

Una perla en el fango, por Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa, y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El vellocino de oro y Fea y pobre, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Madrid por dentro, por Guerrero. Dos tomos.

El Hijo del Sacristan, por Frontaura. Dos tomos.

La Manzana de la discordia y El sueño de la felicidad, por Guerrero. Un tomo.

Las madres, por Frontaura. Un tomo.

Anatomía del corazón, por Guerrero. Dos tomos.

Cada tomo cuesta 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

SEMBLANZAS CONTEMPORANEAS

POR CASTELAR

Cada tomo, con un precioso retrato en acero, 5 rs.

Se han publicado 12 tomos.

VIDA DE LORD BYRON

POR CASTELAR

Preciosa edición con un magnífico retrato en acero, 20 reales.

Dirigirse á nuestra Administración.

MADRID:—1873

IMPRESA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos)